

Day RELIEVES *su 14/55*

Un monumento a la telaraña

Por JORGE MANACH

HACE ya varios meses que quedó terminado, mal que bien, el "Palacio de Bellas Artes". Era la culminación de muchos años de esfuerzo en que los más desinteresados y tenaces entusiasmos de un grupo de ciudadanos amantes de la cultura se mantuvieron movilizados, instando y presionando a las autoridades públicas. Más de un millón de pesos se invirtió en la demolición del viejo mercado del Polvorín, con sus arcadas románticas, y en la construcción del flamante edificio.

Se estrenó con la Exposición Bional Hispano-Americana. Los expertos españoles que con ella vinieron, encontraron insuperable el marco que se le había destinado. Los opinadores más autorizados —y más "evolucionados"— entre nosotros, y no pocos de fuera, convinieron en que pocos países del mundo contaban con un edificio más bello y adecuado para museo. A pesar de circunstancias variamente impropias, la Bional, con que se inauguró, fue un éxito de público. Durante varias semanas, el pueblo —por lo menos el pueblo— recorrió aquellas salas espaciosas, y en más de una ocasión fue quien esto escribe observador de su patente deleite.

Pero he aquí que, terminada la exposición, el edificio quedó cerrado y vacante. Algún sereno fantasmal y errabundo lo vela como a un cadáver institucional. No hay más personal que lo cuida. El polvo se acumula en su ámbito vacío. Se abarquilla el material de los pisos. Opácanse los cristales de la ventana y del lucernario. Mústiase la hierba presurosamente sembrada en los patios para el buen ver de los visitantes bienalistas. Cunden las telarañas y demás huéspedes de la soledad. De cuando en cuando algún turista americano, impresionado por el exterior del edificio y por su título, pretende entrar a visitarlo. Un policía, a la puerta, le dice que no, que aquello no es todavía el Museo, que lo que hay de museo en La Habana es un rastro de cosas vetustas, en un caserón destartado de la calle de Aguiar. Y, por fortuna, el turista no siempre encuentra ese depósito, pero se queda preguntando qué clase de mentalidad será ésa de los cubanos, que le erigen un palacio al vacío.

Quando el Palacio estaba a pun-

to de terminarse —de terminarse, repito, mal que bien, pues nunca se acabó de concluirlo para un servicio efectivo—, el Gobierno instituyó por Ley-Decreto un "Patronato de Bellas Artes de Cuba" a cuyo cargo habían de estar el Museo Nacional y otros intereses afines. Era un organismo autónomo, o cuasi-autónomo. Para integrarlo, se designó a personas muy distinguidas, entre ellas algunos coleccionistas opulentos. Púsose el Patronato bajo la dirección del doctor Octavio Montoro, que mostró, de entrada, su diligencia y sus buenos propósitos logrando que la Marquesa de Pinar del Río legase al

Museo Nacional algunos cuadros valiosos.

Pero hasta ahí pudo llegar la diligencia. Hace poco, el eminente médico declaraba que el Museo era "el más grave de sus enfermos". Efectivamente, no hay manera de levantarlo de su postración. Se halla punto menos que agónico. Puede que haya mala constitución orgánica. Es posible que la viscera principal del organismo que el Gobierno creó, el susodicho Patronato, careciera ya a nativitate, de la vitalidad necesaria. Unos cuantos señores ricos, cargados de deberes y compromisos de toda índole, acaso no sean el tipo de personal más indicado para trabajar continuamente por una institución semejante, para animarla con su entusiasmo, para coordinarse a su servicio. El Gobierno cometió de entrada el error de ignorar, al formar el Patronato, aquél otro que espontáneamente se formó, hace nueve años, para luchar por la construcción del edificio y por la organización sería del Museo. Aquél estaba constituido, en su mayoría, por gente joven, entusiasta, sacrificada, capaz de echarse a la calle, como más de una vez lo hizo, para movilizar a todo bicho viviente a favor de su idea. En vez de utilizar a aquellos fervorosos espontáneos, el Gobierno llevó a su Patronato oficial a "personajes". Y ya se sabe que esta clase de personas superlativas es —dicho sea con todos los respectos— más inclinada a la prosopopeya que a la epropeya.

Mas no sería justo imputarle la "gravedad" del Museo tan sólo a ese organismo exangüe que los glóbulos rojos del doctor Montoro no logran vitalizar. Se trata de falta de alimentos, sencillamente. Se trata de que el Gobierno acabó de construir en cemento lo que el Gobierno anterior dejó ya muy próximo a su conclusión, y además proveyó una organización en papel. Pero no dotó, no ha proveído medios económicos para sostener el Museo ni siquiera para trasladar a él la colección de la Calle de Aguiar. Su director titular, el bueno de don Antonio Rodríguez Morey, no se atreve ya ni a quejarse siquiera, por temor de que algún político influyente se entere de que allí hay dos o tres puestos de celadores y se los vayan a sustituir por "botelleros", como más de una vez ha ocurrido. El Ministro López Isa, que sin duda es un funcionario empeñoso, se encuentra con que el Gobierno está demasiado empeñado... en otros sentidos. La cultura puede esperar a que pase la "contracción" económica, a que se disipen las huellas del dispendio electoral, a que las recaudaciones de Lotería estén menos gravadas.

Mister Turista: no se detenga usted; pase de largo. Aunque otra cosa diga el nombre en la fachada, eso no es un "Palacio de Bellas Artes". Es sólo la tumba de un sueño de verano, es un monumento a la telaraña.

Manach, su 14/55

OPACADO DE LOS CRISTALES EN LA VENTANA DEL LUCERNARIO